

Emilia Pardo
Bazán

Dulce Dueño

Edición de Marina Mayoral



CLÁSICOS
CASTALIA
NOVELA
SIGLO XIX

DULCE DUEÑO

EMILIA PARDO BAZÁN

Edición, Introducción y notas de Marina Mayoral



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Ilustración de la cubierta: Carlo Crivelli, «María Magdalena», h. 1480-1487. Pintura al temple dorado sobre tabla, Rijksmuseum, Ámsterdam.

Primera edición impresa: junio de 2022
Primera edición en e-book: julio de 2022

© de la edición: Marina Mayoral, 2022
© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2022
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-974-0907-0

Producido en España

INTRODUCCIÓN

VIDA Y OBRA

Infancia y adolescencia

Nació Emilia Pardo Bazán el 16 de septiembre de 1851, en A Coruña, en el seno de una familia de clase social alta y desahogada economía. Ve la luz en la calle de Riego de Agua, pero pronto la familia se traslada a la casa de la calle Tabernas, donde hoy tiene su sede la Real Academia Gallega y la Casa Museo de la escritora.

Las noticias más interesantes sobre sus primeros años nos han llegado a través de la misma pluma de doña Emilia, que evoca su infancia, adolescencia y juventud en los *Apuntes autobiográficos* que publicó como prólogo a la primera edición de *Los Pazos de Ulloa*.¹

Doña Emilia fue una niña feliz. Su madre, doña Amelia de la Rúa, era una mujer cariñosa y de buen carácter. Su padre, don José Pardo Bazán, de talante liberal y comprensivo, no se opuso nunca a la vocación literaria de su hija, sino que la impulsó y favoreció. Según se desprende de los recuerdos de la escritora, era un hombre que veía con simpatía las reivindicaciones feministas.

La educación de la niña, hija única, fue la propia de la época y de su clase social, con la única particularidad de que, desde muy pronto, se despertó en ella el gusto por la lectura, que pudo satisfacer sin cortapisas. En la casa hay una buena biblioteca donde la pequeña Emilia entra a saco:

Era yo de esos niños que leen cuanto cae por banda, hasta los cucuruchos de especias y los papeles de rosquillas; de esos niños que se pasan el día quietecitos en un rincón cuando se les da un

libro, y a veces tienen ojeras y bizcan levemente a causa del esfuerzo impuesto a un nervio óptico endeble todavía. (p.14)

Doña Emilia siempre bizqueó un poco y se ve que atribuía ese rasgo a sus tempranas e intensas lecturas. No parece que le diera demasiada importancia, ni que lo lamentara. El placer de leer se sobrepone a su coquetería o quizá pensaba, como dirá Sender de la princesa de Éboli, que un ligero estrabismo hace más excitante el atractivo femenino. El caso es que lee mucho y que tiene muy buena memoria: es capaz de recitar «sin omitir punto ni tilde» capítulos enteros del *Quijote*, uno de sus libros favoritos en la infancia, junto con la *Biblia*. Por contarlo se gana la crítica de don Marcelino Menéndez Pidal, que la califica de pedante en una carta a su amigo Juan Valera:

Doña Emilia Pardo Bazán ha publicado el primer tomo de una nueva novela que no he leído. Pero sí he leído unos apuntes autobiográficos con que la encabeza y que, a mi entender, rayan en los últimos términos de la pedantería. Dice, entre otras cosas, que cuando era niña la Biblia y Homero eran sus libros predilectos y los que nunca se le caían de las manos.²

También José M.^a de Pereda critica esos *Apuntes* en una carta a Galdós. Tras hacer algún elogio de la novela, añade:

Lo que refuto por insoportable e indigerible es la autobiografía del principio: aquello [...] es de una cursilería semiestúpida que tira de espaldas.³

Doña Emilia debía de temer esas reacciones porque, antes de hablar de su vida, las primeras páginas las dedica a justificar el género de la autobiografía. Empieza diciendo que lo escribe a petición de sus editores, «los señores Cortezo y Compañía», y manifiesta su agrado por ese género literario: «Siempre me gradaron los escritos de carácter

confidencial, en que un autor se revela y descubre, dando al público algo de su propia vida» (p. 5).

Es consciente de que en España es un género poco estimado por el público y poco practicado por los escritores, al contrario de lo que sucede en el extranjero:

En países extranjeros he notado cuánto aprecia el público este género, tenido en concepto de sabroso aperitivo y delicada golosina, estimadísima, de los refinados sibaritas del entendimiento. (pp. 5-6)

Pone el ejemplo de Francia, donde abundan todo género de memorias, autobiografías, correspondencias y diarios y se estudian numerosos detalles de la vida personal y familiar de novelista y poetas.

Con gran perspicacia considera que es un género que beneficia a la investigación futura:

¡Y qué de datos interesantes; qué de pormenores inéditos; qué de documentos elocuentes permanecen allí para los futuros investigadores! (p. 6)

Considera que no debe tacharse de vanidoso a quien escribe sobre sí mismo y se defiende de un posible ataque insinceridad. La sinceridad es posible, asegura, y el deseo de comunicación y no la vanidad es lo que guía su pluma:

Del pico de la pluma apoyado sobre la cuartilla en blanco sube por la mano al corazón, a manera de corriente eléctrica, un deseo de expansión, un afán irresistible de comunicar al público lo más recóndito de nuestro pensar y sentir. Bien mirado, el arte no es otra cosa sino la comunión del alma individual con el alma colectiva, si vale llamarla así. (p. 8)

Desde muy pronto, doña Emilia experimenta ese deseo de comunicar por escrito sus sentimientos y experiencias y así lo cuenta en los *Apuntes*. El desembarco en A Coruña de las tropas vencedoras en la guerra de África, en 1860, cuando ella tiene nueve años, le produce un gran entusiasmo patriótico que se manifiesta por escrito: «me refugié en mi habitación y garrapateé mis primeros versos, que barrunto debían de ser quintillas» (p.13).

Pasa los inviernos en Madrid, semipensionista en un colegio francés, «flor y nata de los colegios elegantes». Sale de allí hablando correctamente el idioma, pero con malos recuerdos de la directora, «una vieja muy adobada y peripuesta que nos trataba peor que a galeotes [...] francesa más tacaña no he visto, y eso que el género abunda».

En su adolescencia, por los catorce o quince años, escribe versos y, a escondidas, lee novelas románticas francesas, sobre todo de Víctor Hugo, que le descubre un mundo muy distinto al de Cervantes y Fernán Caballero, únicos novelistas que hasta entonces había conocido: «¡Qué bien me supo todo aquello de la Esmeralda con el capitán Febo, y las abnegaciones angelicales de Cuasimodo, y las tramas inicuas de Claudio Frollo!» (p. 25).

Esas lecturas condicionan sus ideas sobre el género novelesco:

Aquí todo es extraordinario, desmesurado y fatídico, y el entendimiento de quien lo ha escrito tampoco puede medirse con los demás, sino que es fénix y sin par. Esta consecuencia influyó en el concepto que por muchos años tuve de la novela, creyéndola fuera del dominio de mis aspiraciones, por requerir inventiva maravillosa (pp. 25-26).

Cuando escribe esas palabras, Doña Emilia tiene treinta y cinco años y quiere dejar en el olvido sus primeras obras de carácter moralizante, escritas a los quince años bajo la influencia de Fernán Caballero: el cuento largo «Un matrimonio del siglo XIX», que publica en el *Almanaque de La Soberanía Nacional para 1866*, y la novela corta

Aficiones peligrosas, que publicó por entregas en *El Progreso* de Pontevedra, de agosto a octubre de 1866.

Matrimonio y vida social. Estudios

Se casa muy joven, el mismo año en que se pone de largo, a los dieciséis, y esos acontecimientos de su vida coinciden con la gran conmoción política de 1868. Ella los resume en una frase: «Tres acontecimientos muy importantes de mi vida se siguieron de cerca: me vestí de largo, me casé y estalló la revolución de septiembre».

Su marido, don José Quiroga, es sólo tres años mayor que ella. Tiene diecinueve años y pertenece también a la aristocracia provinciana. Es alto y delgado (ella es bajita y tendió siempre a regordeta), de ojos azules y facciones suaves. En las fotos de esta época se le ve guapo, aunque un poco desgarbado. Estudia Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela y es partidario del carlismo. Su entusiasmo por esta causa política debió de influir en estos primeros años en la joven Emilia.

En 1869 don José Pardo es elegido diputado a Cortes y la familia, incluidos los recién casados, se traslada a Madrid. Durante unos años pasan los inviernos en Madrid y los veranos en Galicia, donde las dos familias tienen casas solariegas. La vida social madrileña deslumbra en un primer momento a la joven provinciana y la aparta del estudio y de la lectura:

Mi congénito amor a las letras padeció largo eclipse, oscurecido entre las distracciones que ofrecía Madrid a la recién casada de dieciséis años, que salía de una vida austera, limitada al trato de familia y amigos graves. (p. 26)

A pesar de la revolución, la vida madrileña estaba llena de tentaciones para una mujer joven y curiosa como era Pardo Bazán. Ella cuenta que por las mañanas hacía visitas o iba a aprender equitación, por las tardes a pasear en coche por la Castellana, intercambiando saludos y luciendo

las ropas de moda; todas las noches «a teatros o saraos»; en primavera, a los conciertos a oír y ver a los artistas de moda; a la salida del concierto, «a ver matar al Tato».⁴ En verano, al Retiro por las noches, a pasear a caballo por la Casa de Campo, o excursiones a El Escorial o a Aranjuez. Al cabo de algunos años empieza a aburrirse de aquella vida y a encontrar monótonas aquellas distracciones:

Empezaron a dejarme en el alma un vacío, un sentimiento de angustia inexplicable, parecido al del que se acuesta la víspera de un lance de honor, y le oprime entre sueños el temor de no despertarse a tiempo para cumplir con su deber. (p. 27)

¿Cuál es ese deber al que le parece que está faltando? Todavía no lo sabe. Siente angustia de perder el tiempo, intuye que ella tiene que hacer algo distinto al resto de las damas ociosas que se pasean por Madrid. Los acontecimientos políticos van a favorecer su vocación, aún escondida. En 1871 toda la familia se traslada a Francia, «con ánimo de ver correr tranquilamente desde París las turbias aguas de la revolución, ya sin dique» (p. 32).

Durante la estancia en el extranjero, vuelve a ocuparse de su formación intelectual. Estudia inglés para poder disfrutar en su lengua de Shakespeare y Byron. Viaja por Italia, leyendo a los románticos italianos: Alfieri, Foscolo, Manzoni, Silvio Pellico. Visita museos y monumentos, va a Viena a una gran exposición donde se exhiben los adelantos de la industria, y empieza a escribir un Diario de viaje que no llegó a publicar nunca, pero que inició su costumbre de reflexionar por escrito sobre todo cuanto ve. Ella resume así su experiencia de aquellos años: «Fue un hermoso viaje, bien aprovechado, y en el cual resurgió mi vocación, llamándome con dulce imperio» (p. 32).

Al regresar a España, en 1873, comienza de nuevo a llevar una intensa vida social, pero sin desatender a su formación. Entra en contacto con el krausismo, se hace amiga de Giner de los Ríos, lee mucha filosofía, sobre todo a Kant, a través de traducciones francesas, y estudia alemán para poder leer en su lengua a Goethe, Schiller y Heine. Se impone una

férrea disciplina de trabajo sin permitirse lectura de novelas o libros de entretenimiento:

Viendo lo mal fundado de mi instrucción, mi erudición a la violeta y el desorden de mis lecturas, me impuse el trabajo de enlazarlas y escalonarlas, llenando los huecos de mis conocimientos, a modo de cantero que tapa grietas de pared. (pp. 38-39)

Primer hijo. Primera novela

En 1876 nace su primer hijo, Jaime, y salen también a luz pública los primeros hijos literarios.

Se presenta a los juegos florales que se celebran en Orense con motivo del segundo centenario del padre Feijóo y queda ganadora en verso. Recibe la Rosa de Oro (una rosa cincelada en oro macizo, de tamaño natural) por una oda, en competencia con Valentín Lamas Carvajal⁵, que recibió el Pensamiento de Plata por una obra en gallego. En la modalidad de ensayo, quedó igualada a votos con Concepción Arenal. Tras muchas deliberaciones se encomendó la resolución al claustro de la Universidad de Oviedo, que excluye el trabajo de Concepción Arenal por considerar que era tendencioso y deformaba el pensamiento feijoniano. Por unanimidad, deciden dejar desierto el premio de cuatro mil reales, pero por mayoría deciden concederle el accésit al trabajo de Pardo Bazán.⁶

Esos premios le causaron más disgustos que alegrías porque, al hacerse público el nombre de los concursantes, muchos de sus amigos, creyeron que el jurado había sido manipulado a su favor, y así se lo hicieron saber. El asunto era polémico y hasta hoy mismo se sigue opinando acerca de la justicia del fallo del jurado. Isabel Burdiel cree que el trabajo de Pardo Bazán «era tal vez el trabajo más adecuado a las intenciones del premio».⁷

En 1877 aparecen los primeros artículos en revistas madrileñas. El nacimiento de su hija Blanca en 1878 no frenó su creciente actividad

intelectual. Empieza a leer a los novelistas españoles contemporáneos, Galdós, Pereda, Valera, y la lectura constituye una verdadera revelación: aquello no era el mundo imaginario y las aventuras sin cuento de las novelas románticas. Doña Emilia, como Saulo en el camino de Damasco, descubre su definitiva vocación. Lo cuenta así en los *Apuntes autobiográficos*:

Si la novela se reduce a describir lugares y costumbres que nos son familiares, y caracteres que podemos estudiar en la gente que nos rodea, entonces (pensé yo) puedo atreverme; y puse manos a la obra. (pp. 51-52)

Además de leer a los novelistas españoles, lee a Émile Zola, su tocayo francés, que tan perdurable influjo dejará en su obra. Animada, sin duda, por todos estos ejemplos, escribe y publica su primera novela: *Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina* en 1879.

Esta obra marca un hito y abre un nuevo camino en la vida de Pardo Bazán.

La obra fue muy bien recibida por la crítica. En *Los Lunes del Imparcial* le dedican una reseña sin firma. Tras alabar el realismo español, representado por Galdós, «jefe de la novela española», y por Valera, Pereda, Alarcón, se incluye en la lista a doña Emilia: «Realista es asimismo la Sra. Pardo Bazán, autora discretísima de Pascual López». Cuenta con pormenor el argumento y hace elogios a la autora:

Maestra al narrar, elegante al describir, natural y vivaz en el diálogo, la Sra. Pardo Bazán ha probado en *Pascual López* que posee condiciones extraordinarias para cultivar la novela [...] En cuanto al estilo de *Pascual López*, diremos que es castizo, arcaico a veces –con ese elegante arcaísmo que es un mérito y no un defecto– propio, pintoresco y amenísimo.⁸

Manuel de la Revilla⁹ confirmó con su crítica el éxito de la incipiente novelista:

Sin ser Pascual López una novela de primer orden merece aplauso por las numerosas bellezas que contiene, como también por la sana y elevada moral en que se inspira, y, sobre todo, por las cualidades de estilista que su autora revela.

La mayor parte de la crítica la dedica a recordar a los lectores su invencible prevención contra las mujeres sabias y literatas, para decir en seguida que doña Emilia echó abajo esa prevención desde las primeras líneas de su novela:

Y no pudimos menos de celebrar los méritos de la nueva escritora, la cual, por lo viril de la concepción y el lenguaje de la obra, debe ser fruto de una equivocación de la naturaleza, que encerró el cerebro de un hombre en un cráneo femenino.

Y concluye: «Siga por ese camino la señora Pardo Bazán y ocupará lugar distinguido entre nuestros novelistas».¹⁰

Sus palabras sobre el talento «viril» de doña Emilia tuvieron éxito y constituyeron a partir de ese momento un tópico de la crítica sobre la autora. En realidad, en la época se consideraba un elogio.¹¹ Es un caso semejante al de Gertrudis Gómez de Avellaneda, a quien calificaron de talento «varonil» escritores y críticos contemporáneos, y de quien Zorrilla escribió:

No había nada de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva [...] era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción un alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina.¹²

En contra de la opinión de dos de sus maestros intelectuales, Menéndez Pelayo y Giner de los Ríos, que desprecian el género de la novela, la acogida favorable de los críticos más importantes del momento afianzó la vocación de doña Emilia que, sin abandonar su interés por la Filosofía, la Ciencia y el ensayo literario, inicia con decisión, a partir de la publicación de *Pascual López*, el camino que la llevará a la gloria literaria como novelista. No era un camino de rosas.

Pardo Bazán, novelista

El mismo año en que ve la luz su primera novela, nace su hija María de las Nieves (a la que llaman familiarmente Blanca). A las inquietudes de la escritora se suman las de una madre, las de una esposa que comienza a distanciarse de un marido demasiado apegado a la vida provinciana, y también las de una hija, que constata que las facilidades de vivir con sus padres suponen inevitablemente una merma de su independencia. En su correspondencia de esos años, sobre todo en las cartas a Giner de los Ríos, se encuentran abundantes muestras de sus problemas familiares.¹³

Aceptó la dirección de la *Revista de Galicia. Semanario de Literatura, Ciencias y Letras*, que se publicó desde marzo a octubre de 1880. Puso especial cuidado en que no pareciese una publicación dirigida a un público femenino y, pese a su nombre, apenas prestó atención a las letras gallegas: no informó de la primera novela gallega (*Maxina ou a filla espúrea* de Marcial Valladares), ni tampoco, lo que es más sorprendente aún, de la publicación de *Follas novas* de Rosalía Castro.

Su salud se resiente, y para curar una afección hepática reside durante una temporada en el balneario de Vichy, en 1880. Aprovecha el descanso para leer a autores franceses: Balzac, Flaubert, los Goncourt, Daudet, y toma notas del ambiente que va a utilizar en su segunda novela: *Un viaje de novios*.

Antes de regresar a España, pasa por París y consigue que le presenten a Víctor Hugo, el ídolo de su adolescencia. Por entonces doña Emilia es una escritora apenas conocida en España y Víctor Hugo es el patriarca

de las letras francesas, famoso en todo el mundo. Ella cuenta con gracia la entrevista en los *Apuntes*:

El de *Hernani* me convidó a su tertulia, mejor dijera a su corte, pues no parecía sino monarca destronado en el suntuoso salón alumbrado por resplandeciente araña de veneciano cristal, vestido de seda y decorado con soberbios tapices, donde a un lado y a otro, sentados en doble hilera, sin chistar o conversando entre sí muy bajito de pie, cual si no osasen acercarse al Maestro, estaban los postreros cortesanos de la majestad caída, neófitos tardíos y rezagados del Romanticismo. (p.60)

En Francia, los vientos literarios soplaban en la dirección que marcaban Zola y sus seguidores, pero el respeto y la admiración por Víctor Hugo se mantienen. Doña Emilia está un poco cohibida. El maestro la ha sentado a su lado y le pregunta sobre aspectos de la vida en España, país al que mira, según le dice, como a una segunda patria. Lamenta el poeta el atraso cultural de España, que atribuye a la Inquisición, que, dice, había quemado artistas y sabios hasta 1824. A pesar del respeto que le inspira, doña Emilia contradice con buenas palabras al maestro: la Inquisición no quemaba artistas sino judaizantes y dejó de actuar mucho antes de que se aboliese definitivamente en 1812 (no en 1824). Otra dama, que actúa como anfitriona, le pregunta con cierta ironía si ha estudiado historia en los dominicos, y doña Emilia, perdidos los miramientos que la frenaban con Víctor Hugo, le contesta que ha estudiado historia en los autores franceses, en Michelet y Thiers, donde ha podido comprobar que las crueldades de la Revolución francesa no tenían nada que envidiar a las de la Inquisición española, y que ésta nunca habría enviado al patíbulo a un escritor como Andrés Chénier porque en España se respetaba a las musas, como lo probaba su presencia en aquella casa. El viejo poeta se queda encantado del arranque y dice sonriendo: «Voilà bien l'espagnole!». Después corta la discusión elogiando la patria de su apasionada visitante: España es el país más romántico de Europa, dice.

Al volver a España, doña Emilia inicia una etapa de intensa actividad en todos los órdenes.

En 1881 nace su hija Carmen y publica su único libro de poemas, *Jaime*, en una edición de sólo trescientos ejemplares, muy cuidada, sufragada por su amigo Giner de los Ríos. Escribe mucho y de materias muy diversas. En ese año publica *Un viaje de novios*, novela en la que ya se advierte la influencia naturalista, que rompe abiertamente con los tópicos de la novela femenina moralizante y de final feliz.

En 1882 publica *San Francisco*, biografía del santo de Asís por el que doña Emilia siente profunda admiración. El libro es muy bien recibido, tanto por el público como por la crítica y es uno de los que más ediciones tuvo, dentro y fuera de España. En 1883 publica la novela *La tribuna* y *La Cuestión palpitante*. El éxito y el escándalo llegan juntos.

Para escribir *La Tribuna* (la historia de una cigarrera que se mete a oradora pública y es seducida por un señorito), se documenta cuidadosamente. Acude cada tarde a la fábrica de tabacos de A Coruña. Lleva con ella a su hija pequeña para ganarse la confianza de las obreras. No quiere que la vean como una señora aristocrática y desocupada sino como una mujer interesada en sus problemas.

Al mismo tiempo empieza a publicar una serie de artículos sobre el naturalismo, el movimiento literario que, capitaneado por Zola, se extiende desde Francia. Los reúne bajo el título común de *La cuestión palpitante*.

El naturalismo no es sólo una manera de escribir, es una concepción de la existencia. En ella, la herencia fisiológica, el medio ambiente y las circunstancias históricas determinan de modo inapelable la trayectoria vital del ser humano. No existe el libre albedrío y la libertad es una mera ilusión. Doña Emilia ataca el fondo filosófico y defiende los hallazgos literarios: la objetividad narrativa, el uso del discurso indirecto libre, el carácter simbólico de las novelas, etc. Su crítica es inteligente y medida, sabe distinguir los aciertos literarios de los errores ideológicos, pero su libro es mal interpretado, lo mismo que *La Tribuna*.

Los críticos y algunos colegas sólo se fijan en los aspectos más llamativos: el parto de la joven obrera, la dureza con que se refleja el trabajo de la fábrica o la frase final de la novela: «¡Viva la República Federal!», que no pertenece a la voz narradora, sino a uno de los personajes, pero que todos atribuyen a la autora. Pardo Bazán se convierte en la capitana de los naturalistas españoles, a su pesar, y cuando su postura había sido más bien crítica que laudatoria hacia el movimiento.

Don Marcelino está abiertamente en contra de la deriva naturalista de la escritora, y lo deja de manifiesto en el prólogo que le envió para la segunda edición de *San Francisco* en 1886¹⁴. Ella le había pedido «diez líneas» cuando publicó el libro y puntualizaba: «Y entienda usted que ni las censuras me enojarán ni quiero un *bombo*».¹⁵ Don Marcelino retrasó el envío varios años y finalmente envió unos comentarios que solo se pueden explicar por la cerrazón mental de aquel erudito, convencido de la inferioridad intelectual de las mujeres y contrario a toda innovación, pero que son interesantes como muestra de lo que una parte de la sociedad pensaban sobre Pardo Bazán. Critica en primer lugar su feminismo:

Esta curiosidad febril e impaciente, este insaciable afán de abarcarlo y poseerlo todo, como si quisiera emular en un solo día el trabajo de muchas generaciones de hombres, y arrebatarse como por asalto, para corona y timbre de su sexo, la ciencia que por tantos siglos fue patrimonio exclusivo del nuestro, se revela a la simple lectura del catálogo de las obras bastante numerosas, pero todavía más variadas, que hasta ahora ha producido el ingenio de la señora Pardo Bazán. (p. XI)

Después asegura sin ambages que la obra de Pardo Bazán, como la de cualquier mujer, carece de originalidad:

Este carácter ardiente y batallador que los últimos escritos de doña Emilia ostentan, no ha borrado, antes ha contribuido a poner más de manifiesto, el carácter femenino por excelencia, el de seguir dócilmente un impulso recibido de fuera. No se quiebran impunemente las leyes de la naturaleza, y en algo consiste que ninguno de los grandes descubrimientos vaya ligado a un nombre de mujer. Toda gran mujer ha sido grandemente influida. Ellas pueden realzar, brillantar, difundir con lengua de fuego lo que en torno de ellas se piensa, pero al hombre pertenece la iniciativa. (p. XIII)

Y, por último, tras algunos elogios al estilo y al libro que está prologando, critica a la autora por haber escrito obras de carácter naturalista:

Así me explico yo que doña Emilia Pardo Bazán, cuyo estilo cualquiera puede envidiar y a cuya cultura pocos españoles llegan, después de haber escrito este libro de *San Francisco*, magnífica prenda soltada en favor de las más puras y delicadas realidades del sentimiento y de la fe, se haya dejado arrebatar del torbellino de la moda literaria, y ansiosa de no quedarse rezagada y de no pasar por romántica, haya sentado plaza en la vanguardia naturalista, yendo delante de los más audaces y causando cierto mal disimulado temor a sus mejores y más antiguos amigos. (p. XIII-XIV)

El escándalo literario alcanza a su vida familiar. En una iglesia de A Coruña, durante una novena, un predicador alude reprobatoriamente a Pardo Bazán. Del púlpito, salta la condena al casino y al Círculo de Artesanos, del cual es presidente don José Quiroga. Los socios no ven con buenos ojos que su esposa ande en boca de todo el mundo a causa de sus escritos. Don José Quiroga intenta que su mujer abandone la

literatura y se retracte públicamente de lo escrito. La respuesta de doña Emilia es iniciar la separación legal.

Ruptura matrimonial

En mayo de 1884 se materializa la ruptura mediante un documento notarial por el que José Quiroga renuncia a la cohabitación y a los bienes gananciales y concede a su esposa una amplísima licencia marital por la que ella puede «con toda independencia» adquirir bienes y disponer de ellos, «como si no perteneciese al estado de casada».16 El marido no llegó a firmar el documento, pero ambos cónyuges actuaron como si estuviese firmado y cada uno comenzó a hacer su propia vida.

Doña Emilia se fue sola a París, donde pasa varios meses, según le escribe a Menéndez Pelayo, «pegada como una ostra a la mesa de la Biblioteca Nacional, que usted debe conocer bien».17

Poco tiempo después, en 1885, publica una novela corta, *La dama joven*. Las circunstancias de la protagonista del relato son muy distintas a las suyas, pero en el fondo la alternativa que se le presenta es la misma que doña Emilia viene de superar: seguir su vocación o renunciar a ella. Trata de una chica de clase social humilde con grandes dotes de actriz. Representando una función de aficionados, la ven un actor y un empresario famosos. Convencidos de su talento, le ofrecen su ayuda y la oportunidad de dedicarse al teatro donde le auguran un brillante porvenir. La hermana de la chica y, sobre todo, el novio, se oponen, y ella renuncia a su vocación. El diálogo final entre los dos hombres de teatro creo que es revelador de las ideas de la autora:

–Con el novio hemos tropezado...

–No hay peor tropiezo [...] ¡Y qué lástima de chica! [...]

¡No se vería dentro de un año otra *dama joven* como ella! Juraría que se le pasaban ganas de venirse... Ahí se queda para siempre, sepultada, oscurecida...

–¡Bah! [...] ¡Y quién sabe si la acierta! A veces en la oscuridad se vive más sosegado... Acaso ese novio, que parece un buen muchacho, le dará una felicidad que la gloria no le daría.

–¿Ése? [...] Lo que le dará ese bárbaro será un chiquillo por año... y si se descuida, un pie de paliza.

Doña Emilia, al revés que la dama joven, apuesta por el riesgo. Se adhiere a la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, dando un paso más para convertirse en una escritora profesional.

En 1885 muere Rosalía de Castro y el Círculo de Artesanos de A Coruña celebra una velada de homenaje e invita a doña Emilia, que preside el acto, y Castelar que lo cierra. El discurso de doña Emilia pareció muy mal a Murguía y a los regionalistas por minusvalorar la lengua gallega y considerar a Rosalía «poeta regional». Sin embargo, destacados pardobazanistas lo defienden. Nelly Clemessi considera que su punto de vista sobre el regionalismo «era evidentemente, el más prudente y justo»,¹⁸ y José Manuel Gonzalez Herrán considera que el discurso es «una muestra del profundo conocimiento, riguroso análisis e indudable aprecio de Pardo Bazán por la poesía gallega».¹⁹

También en 1885 publica *El cisne de Vilamorta*. Esta novela hay que ponerla en relación con la novela corta *Bucólica*, publicada el año anterior, y de la que doña Emilia dijo en una de sus últimas entrevistas que era «la que está mejor hecha, artísticamente hablando»²⁰. Las dos son obras muy pesimistas. En la primera echa por tierra el tópico de la bondad de la vida natural y del buen salvaje, y en la segunda son los ideales románticos los que se ponen en tela de juicio.

Bucólica tuvo buenas opiniones, pero era una novela corta, y de *El cisne de Vilamorta* solo alabaron el estilo.

El éxito

La consagración como novelista llegó con su siguiente novela, *Los pazos de Ulloa*, publicada en 1886 con gran éxito de crítica y público.

Clarín, que era el crítico más importante en ese momento escribió: «Bien se puede decir ahora sin ningún género de reservas: Emilia Pardo sabe escribir buenas novelas». Alaba tanto la creación de personajes como la pintura del escenario, resaltando que, pese a ser «el corral de un

caserón de aldea, tal vez ni un momento abandona a la autora la visión de lo bello»²¹.

En 1887 publica una segunda parte con el título de *La madre Naturaleza* en la que sigue desarrollando la trama y completa la evolución de los personajes. Aunque se editan como novelas independientes, en realidad son una única novela larga, dividida en dos partes, que inaugura una forma de narrar que repetirá en *Una cristina* y *La prueba* y en *Doña Milagros* y *Memorias de un solterón*.²²

Doña Emilia no se duerme en los laureles. Sigue leyendo y ampliando su horizonte intelectual: conoce personalmente a Zola y a los Goncourt, lee a los novelistas rusos y da conferencias en el Ateneo de Madrid para divulgar las novedades del extranjero. Viaja a Portugal, a Italia, y recalca siempre en París. Conoce a don Carlos, el pretendiente carlista, y cuenta sus impresiones sobre él y sobre el carlismo en *Mi romería* (1888), que provoca un nuevo escándalo y la escisión del partido.

No faltan los ataques ni las envidias.²³ Sus colegas critican su cosmopolitismo y su curiosidad intelectual, que les parece esnobismo. Valera escribe a don Marcelino:

Doña Emilia Pardo Bazán estará en París a estas horas. Sospecho que va allí en busca de celebridad, frotándose con los naturalistas.²⁴

Y don Marcelino escribe a don Juan Valera:

En cuanto a doña Emilia, no hay que tomarla por lo serio [...] Como toda mujer, tiene una naturaleza *receptiva* y se enamora de todo lo que hace ruido, sin ton ni son y contradiciéndose cincuenta veces. Un día se encapricha por san Francisco y otro por Zola.²⁵

A doña Emilia le resbalan envidias y críticas. Se encuentra en la plenitud de su vida y de su talento. En 1888 da otra campanada con una nueva novela polémica: *Insolación*. En ella cuenta la historia de una joven viuda gallega que conoce a un andaluz guapo y juerguista, se va con él a la fiesta de san Isidro y comienza una aventura que acaba días después en la alcoba de la señora. El escándalo estalla por varios motivos: porque se piensa que la novela tiene un fondo autobiográfico, pero sobre todo porque en ella se defienden teorías muy atrevidas en cuestiones de sexualidad. Así, la protagonista, defiende su derecho a manifestar su gusto por los hombres, igual que lo hacen ellos mediante el piropo, que con frecuencia es impertinente y molesto:

Señor, ¿por qué no han de tener las mujeres derecho para encontrar guapos a los hombres que lo sean, y por qué ha de mirarse mal que lo manifiesten (aunque para manifestarlo dijese tantas majaderías como los chulos del Café Suizo)? Si no lo decimos, lo pensamos, y no hay nada más peligroso que lo reprimido y oculto, lo que se queda dentro. (p.59) ²⁶

Por boca de otro personaje que ya había aparecido en *La madre Naturaleza*, Gabriel Pardo de la Lage, se defiende la igualdad de hombres y mujeres en moral sexual. Se critica la injusticia de la sociedad con una mujer que ha cometido una falta de este tipo:

Una mujer de instintos nobles se juzga manchada, vilipendiada, infamada por toda su vida a consecuencia de un minuto de extravío, y, de no poder casarse con aquél a quien se cree ligada para siempre jamás, se anula, se entierra, se despide de la felicidad por los siglos de los siglos amén. (p.121)

Para los hombres esa misma falta «nada significa». No hay ningún fundamento religioso para esa doble moral: «ningún confesor le dirá a usted que hay un pecado más para las hembras» (p. 122). Pero también

los curas participan de la hipocresía social, a los hombres les exigen menos «por prudencia», para que no se alejen del confesonario si acaso lo frecuentan. En el fondo todo es una convención social, un pacto hipócrita e injusto en el que las mujeres son las perjudicadas:

A nosotros nos enseñan lo contrario; que es vergonzoso para el hombre no tener aventuras, y hasta que queda humillado si las rehúye... De modo que, lo mismo que a nosotros nos pone muy huecos, a ustedes las envilece. (p. 123)

En la última página de la novela, la protagonista abre la ventana de su dormitorio y se asoma al balcón con su amante. Han decidido casarse (probablemente una concesión de la autora a la moral de la época), pero aun así el gesto resulta provocador y la respuesta no se hace esperar. Pereda, que aprovecha la ocasión para resarcirse de una crítica de Pardo Bazán a su novela *La Montálvez*, brama desde las páginas de *El Imparcial*.²⁷ Clarín, que de amigo y admirador ha pasado a enemigo declarado, hace a la novela una de sus críticas más injustas, calificándola de «antipático poema de una jamona atrasada de caricias».²⁸ La frase basta para dar idea del tono y la actitud de su autor.

Insolación tiene una pequeña apoyatura en un hecho real, pero no se puede considerar autobiográfica. Doña Emilia, por aquellos años, mantenía relaciones amorosas con Galdós y, en una ocasión, le fue infiel: una aventura a la que, en principio, no dio importancia y de la que sólo lamenta la falta de sinceridad cometida y el dolor que ha provocado. Así se lo dice a Galdós en una carta:

No me resolví a perder tu cariño confesando un error momentáneo de los sentidos, fruto de las circunstancias imprevistas. Eras mi felicidad y tuve miedo a quedarme sin ella. Creía yo que aquello sería para los dos culpables igualmente transitorio y accidental. Me equivoqué: me encontré seguida, apasionadamente querida y contagiada.²⁹

Igual que en *Insolación*, una aventura inicial da origen a un episodio sentimental más serio «por contagio». Después la ficción y la vida fueron por distintos caminos. Doña Emilia volvió con Galdós y mantuvo con «el otro» (Lázaro Galdiano) una buena y perdurable amistad.³⁰

A los cuarenta años, doña Emilia es una escritora famosa en España y conocida en Francia, donde se ha traducido su libro *La cuestión palpitante*, y es una mujer que sigue despertando pasiones a su alrededor. Todo ello la convierte en una figura polémica, querida y estimada por unos, envidiada y atacada por otros. Ella misma favoreció esas discrepancias sobre su persona por su complejidad de carácter, que la llevaba a múltiples contradicciones. Una de las más flagrantes se producía entre sus ideas feministas, avanzadas para su época, y su tradicionalismo político, que le impedía insertar aquéllas en una problemática social más amplia. Y otra contradicción muy llamativa se produce entre la defensa de los ideales cristianos (espíritu de sacrificio, ascetismo, desprecio de los bienes mundanos), que encontramos en gran parte de su obra, y su conducta personal, que nos parece movida por el deseo de triunfar y de disfrutar de todo cuanto la vida da de sí.

Las novelas siguientes, *Una cristiana* y *La prueba* (1890), van a ser un buen ejemplo de los vaivenes ideológicos de doña Emilia. Los dos títulos forman, en realidad, una única novela larga, y de ella le dice a Galdós por carta: «Es la historia de una señora virtuosa e intachable: hay que variar la nota, no se canse el público de tanta cascabelera».³¹

La novela es una apología del matrimonio como sacramento. La protagonista, Carmiña Aldao, se casa con un hombre a quien no quiere para huir del ambiente de su casa, donde su padre, viudo, mantiene relaciones con una criada jovencita. Aconsejada por un fraile, el padre Moreno, y con el firme propósito de ser fiel a su marido, se casa con un hombre al que no ama y hacia el que siente, incluso, cierta repugnancia moral. Una vez casada, la gracia del sacramento actúa sobre ella; no solo le ayuda a resistir la tentación del amor hacia un sobrino joven y atractivo, sino que, al enfermar de lepra el marido, la lleva a cuidarlo con un cariño extraordinario, hasta el extremo de besarle las llagas en

un rapto de amor. Se supone que el sobrino enamorado, testigo de su conducta ejemplar, al enviudar ella y desaparecer los obstáculos que se oponían a su amor, se casará con la protagonista, pero eso queda en suspenso. Cuando un amigo da la boda por hecha, él le responde: «Ignoro lo que siento. Necesito analizar mi espíritu». Y el lector sospecha que tan sublime y santa conducta ha enfriado su entusiasmo erótico.

Se perfila una concepción del mundo que vamos a encontrar repetida en otras obras: los ideales cristianos son incompatibles con el disfrute de los bienes terrenales, o, dicho en estilo llano: lo que es bueno para el cuerpo es malo para el alma, y a la inversa. Doña Emilia nunca consiguió la síntesis armoniosa de espiritualidad y sensualidad que se da en *Pepita Jiménez* de Juan Valera. En ella hay siempre un desgarrón doloroso entre dos tendencias: la que la lleva a pensar en la otra vida y la que la empuja a disfrutar de ésta. Tras la explosión de gozosa sensualidad de *Insolación*, que aparece como un breve y aislado paréntesis, lo dominante es la tensión no resuelta entre ambas tendencias.

En 1889 la revista inglesa *Fortnightly Review* le encarga un estudio sobre la mujer española y doña Emilia decide poner por escrito, no en forma novelada sino de ensayo, sus opiniones sobre el asunto. Se publica primero en inglés y después en la revista creada por Lázaro Galdiano *La España Moderna*³², de mayo de 1889 a agosto de 1901. El trabajo está formado por cuatro artículos: «La mujer española», «La aristocracia», «La clase media» y «El pueblo». Es una visión muy crítica, sobre todo en la parte que se refiere a la clase media. Su crítica no se dirige solo a la mujer sino a la sociedad en general y en particular a los hombres, a quienes considera responsables del atraso e ignorancia de las mujeres.³³

Los años 90

La década de 1890 es de una intensa actividad literaria y social. Con la herencia que recibe al morir su padre funda la revista *Nuevo Teatro*

Crítico, que ella sola escribe y edita durante tres años. Por estas fechas queda vacante un puesto en la Real Academia de la Lengua, y doña Emilia se lanza a la lucha para conseguir que elijan a una mujer. Para que no parezca que está haciendo campaña a su favor lanza la candidatura de Concepción Arenal, actitud que a ésta le hace poca gracia, porque no cree en el desinterés de doña Emilia, ni siente por ella grandes simpatías. El tema, en todo caso, se debate, y personajes destacados salen en defensa de los privilegios masculinos. Entre ellos está don Juan Valera. Su artículo «Las mujeres y las academias. Cuestión social inocente»³⁴ es lo más retrógrado y falto de agudeza (cosa rara en Valera) de cuanto salió de su pluma. La simple exposición de alguna de las ideas allí vertidas servirá para entender la clase de dificultades con que tropezaba doña Emilia. Dice Valera:

No comprendo cómo no se enoja la mujer sabia cuando sabe que pretenden convertirla en académica de número. Esto es querer *neutralizarla*, jubilarla de mujer.

Las reuniones de trabajo de hombres y mujeres juntos le parecen imposibles a don Juan y se dedica a burlarse:

¿No serían expuestas las juntas ordinarias promiscuas, si consideramos la familiaridad y el compañerismo que en ellas tiene que haber, a que el amor invadiese las almas de los académicos, con gran detrimento de la filología y de otras ciencias y disciplinas?

Después expone su idea sobre la emancipación femenina:

En la mujer quiso Dios dar al hombre una ayuda semejante a él [...] y más que la justa reivindicación de su oprimida libertad es en la mujer pecaminosa rebeldía contra los decretos de la

Providencia el afán de tornarse sobrado independiente del hombre y de campar por sus respetos.

O sea, puesto en castellano vulgar, el deseo de las mujeres de independizarse de los hombres no es una aspiración justa sino un pecado contra Dios. En cuanto a la función de la mujer en el mundo, le parece a Valera que está magníficamente reflejada en unos versillos «de amenísimo poeta», académico, por supuesto: «Cuando niño te amamantan, / y cuando joven te adoran, / y cuando viejo te aguantan».

En 1894 publica Pardo Bazán *Doña Milagros*, obra en la que volvemos a encontrar la dualidad entre ideales cristianos y amor a la vida. El protagonista, Benicio Neiras, está casado con Ilduara, una mujer dura, antipática y austera, que le ha dado diez hijos sin perder «aquella casta rigidez y recato de la verdadera esposa cristiana, y aquella reserva y aparente frialdad que, si enojan al enamorado loco, deben satisfacer profundamente al marido cuerdo». Las palabras son del personaje, que respeta y estima a su mujer, pero que se enamora de doña Milagros, una andaluza jovial, expansiva, cariñosa, maternal (aunque no tiene hijos) y coqueta, que hace la vida agradable a su marido y a cuantos la conocen, pero de quien (¡ay, pícaro mundo!) se dice, y es probable que sea cierto, que tiene devaneos con un apuesto soldado, asistente de su marido. Si no los tiene, podría tenerlos; es la clase de mujer que por su atractivo despierta sospechas. Las simpatías del lector no están con la «verdadera esposa cristiana» sino con la bondadosa y sensual andaluza, aunque sea culpable. Y las simpatías de don Benicio también. Al morir su esposa, le entrega a doña Milagros, para que los críe y se los lleve con ella, a sus dos últimos hijos, dos gemelos recién nacidos, que fueron sin duda engendrados más por el amor y el deseo hacia doña Milagros que hacia la esposa cristiana que los parió.

La novela siguiente, *Memorias de un solterón*, en parte continuación de *Doña Milagros*, nos brinda otro buen ejemplo de las contradicciones de Pardo Bazán. En ella se defienden ideas avanzadas sobre educación femenina y muy retrógradas sobre política social. La historia es la

siguiente: Fe Neiras, la más dispuesta de las hijas de don Benicio, decide romper con los prejuicios que atenazan a las jóvenes de su clase y busca la manera de ganarse honradamente la vida sin necesidad de un marido que la mantenga. Por boca de su personaje expone la autora las ideas que había desarrollado en los artículos sobre «La mujer española» y que se resumen en la necesidad de dar a las mujeres la misma formación intelectual que a los hombres. Fe Neiras, que no ha podido ser médico según sería su gusto, se dedica a estudiar por su cuenta y a dar clases a domicilio. Gana de este modo un dinero que le permite enderezar la maltrecha economía familiar y, sobre todo, conseguir una independencia que la hace feliz.

En *Memorias de un solterón* aparece como personaje secundario el hijo de la Tribuna, aquella cigarrera guapa, seducida por un señorito y abandonada después. Pues bien, su hijo, el fruto de aquella seducción, es el jefe de los socialistas de Marineda y decide por su cuenta y riesgo ajustar las cuentas al hombre que deshonoró a su madre. Lo amenaza, y consigue que se case con ella y que le reconozca por hijo. Poco tiempo después abandona sus ideales de justicia social y, convertido ya en un rico heredero, se dedica a disfrutar de la fortuna y la hacienda de su padre. Lo que doña Emilia piensa del asunto queda patente en el comentario de un personaje:

¿Ve usted los socialistas, los anarquistas, los dinamiteros? Deles ropa decentita y guantes ingleses... y verá que pronto cuelgan las armas.

En esta década de los noventa, hay que señalar también que doña Emilia se consolida como persona de fama y prestigio social, pero la crítica dedica menos atención a su obra. No faltaron, sin embargo, las polémicas porque éstas la acompañaron toda su vida. Una de las más ruidosas se centró en cuestiones religiosas más que literarias y tuvo por motivo la publicación en el periódico *El Imparcial* del cuento titulado «La sed de Cristo»: trata de una escena del Calvario. Cristo tiene sed y María Magdalena busca inútilmente el remedio para la sed del Maestro: